

Pregonero de Justicia

Dedicado a la restauración del cristianismo del Nuevo Testamento
en esta generación — *sólo por gracia, sólo por Cristo, sólo por fe*

Primer Trimestre 1977

Volumen 2, Número 1

Cartas - pág. 2

Paradojas Bíblicas - pág. 4

El Dios Inmanente y La Trinidad - pág. 19

Subscripción Gratis - pág. 31

Cupón de Pedidos - pág. 31

Pregonero de Justicia es una revista dedicada a la restauración del cristianismo del Nuevo Testamento en esta generación. Está destinada especialmente a sostener la gran verdad de *la justificación por la fe* que presentó el apóstol Pablo, y más tarde los reformadores, en este tiempo cuando aquella verdad está siendo amenazada por el humanismo, el pentecostalismo y el ecumenismo. Viendo la necesidad de una revista no sectaria, basada en el principio de la Reforma, "*sola scriptura*", los redactores y promotores de esta revista se han unido para producir una publicación cuya norma es la Biblia y solamente la Biblia como única regla de fe y práctica. El propósito de esta revista es dar a la trompeta del Evangelio son cierto (1 Cor. 14:7-9), para que a través de palabras de fácil entendimiento podamos quedar todos "confirmados en la verdad presente" (2 Ped. 1:12), y cual Noé ser, "pregoneros de justicia" (2 Ped. 2:5).

Editor: Roberto D. Brinsmead
Editor Asociado: Ricardo Marín

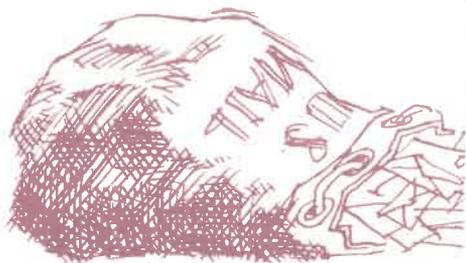
Patrocinadores: Un grupo de cristianos cuyo blanco es fomentar la restauración de las enseñanzas del Nuevo Testamento. Esta revista no tiene patrocinio denominacional. Ella es sostenida solamente por ofrendas voluntarias de aquellos que ven en *Pregonero de Justicia* una esperanza y salvaguardia para la generación actual.

Colaboradores: Siendo que la verdad está por encima de las preferencias y los prejuicios de cualquiera denominación, los editores dan la bienvenida a los escritos de quienes deseen colaborar y los juzgarán por sus méritos solamente. Si desea que se le devuelva su manuscrito, favor de avisarnos cuando lo envíe.

Subscripciones: Las subscripciones son gratis para los que lo soliciten personalmente. Use el cupón provisto en la última página.

Cambio de dirección: Favor de avisarnos su cambio de dirección.

Rights reserved, Copyright © 1977 by *Pregonero de Justicia*, P. O. Box 700 Fallbrook, California 92028 EE. UU. Reservados todos los derechos. Reproducción en total o en parte sin obtener permiso escrito se prohíbe.



Me siento muy gozoso por el aporte de la revista que me habéis alcanzado, donde encuentro temas de vital importancia para nuestro tiempo de tanta corriente filosófica que a veces trata de hacernos regresivos en nuestra creencia y en la confianza que hemos depositado en el Señor. Pero gracias a Uds. hermanos que por medio de esta literatura nos ayudan a animarnos y a seguir estudiando las Sagradas Escrituras.

E. C. Ch.
Perú

Recibí su muy interesante folleto con muy buenos artículos, sobre todo del movimiento carismático católico. Debo decirle que aquí, en nuestro país, eso está pero muy caliente; donde en sus reuniones, después de llamar al "espíritu" como si fuera una persona cualquiera, reciben el don de lenguas y otras carismas más.

B. R.
República Dominicana

El volumen 1, número 2 estamos tratando que lo reciban los pastores pentecostales para que escudriñen las Escrituras y reconozcan sus fallas de doctrina.

G. C.
República Dominicana

Cartas

Dirijan sus cartas a PREGONERO DE JUSTICIA,
P. O. Box 700, Fallbrook, California 92028

Por la gracia de Dios nuestro Padre y nuestro Señor Jesucristo, soy un ex-sacerdote de la Iglesia Romana Católica, arrepentido, convertido, y lavado por la sangre de nuestro Señor y Salvador. Doy gracias al Señor que un buen día resplandeció la luz de Jesucristo en mi camino y hoy soy uno más entre los millares que han sido redimidos por la sangre de Jesucristo, y sirvo en los intereses de Su reino para Su honra y gloria.

He recibido copias de la agraciada revista *Pregonero de Justicia*. Escribo para felicitarles por este magnífico trabajo que llevan a cabo para el bien de la obra en el mundo hispanoamericano. Sus conceptos noticias y artículos aumentaron en gran parte mis conocimientos.

Estoy trabajando entre muchos católicos romanos. He revisado los artículos en las revistas. Son muy importantes para este lugar y campo misionero donde estoy por la gracia de Dios. . . Ustedes serán nuestra puerta a muchas verdades—y Cristo será siempre el Jefe de nuestro conducto para revelar la Justicia a este pueblo que tanto necesita de ella.

Ciertamente he sentido en mi corazón una felicidad tan grande al leer sus cartas y la revista; tal vez obedezca a que llevo en mi corazón a los 360 millones de almas que están perdidas en América Latina y cada día estoy orando que el Señor de la Mies, envíe obreros a su mies.

B. R. R., Pastor Pentecostal, **República Dominicana**

En mi poder tengo *El Pentecostalismo Retado y Refutado* y quiero decirles que lo real es eso. Estoy completamente de acuerdo con el propósito que a ustedes les impulsó a alertar a los demás que se encuentran en esta hora ciegos en la Palabra. Soy dirigente de una iglesia totalmente independiente, hemos salido de la iglesia Metodista porque estaban tan introducidos con el Ecumenismo. Quisiéramos nos de algunas orientaciones al respecto y nos diga la forma cómo seguir mejor a Cristo nuestro Salvador.

Nos han estado visitando unos hermanos que se llaman DEL CUERPO y toda su predicación es andar, hablar y vivir en el Espíritu y una cosa que no puedo en realidad comprender, es que no creen en la venida visual de Cristo en las nubes, ni que es un solo Cristo el que vendrá, sino que Cristo se manifestará en nosotros, y formando un cuerpo seremos todos nosotros el Cristo que se espera. Incluso hay un coro que dice: *Yo soy Jesús a quien tu esperabas, no estoy tan lejos como tu pensabas. En un cuerpo de muchos miembros, a su tiempo me manifestaré.*

I. O. M., Pastor Independiente, Perú

Paradojas

Bíblicas



Roberto D. Brinsmead

Las verdades de la revelación divina están repletas de paradojas. Parecería como que la Biblia está llena de contradicciones. Esto se debe a que, frecuentemente, la verdad debe presentarse a la mente humana mediante dos declaraciones que aparentan estar en contradicción.

Se inflige un gran daño a la sana doctrina cuando el hombre se inclina de un solo lado de la paradoja y enseña esta parte como la suma total de la verdad. Otros pretenden tener el poder de "armonizar" con facilidad estas aparentes contradicciones. Errando al no percatarse de que la verdad es una paradoja en sí misma, tuercen un lado de la paradoja para hacerlo "armonizar" con el otro. Finalmente, esto se convierte en una distorsión del mensaje de la Palabra de Dios. ¿Se ha mirado usted alguna vez en un espejo que refleja su imagen en una forma distorsionada? Puede que la imagen retenga todas sus características esenciales, pero sólo fuera de proporción.

La teología sistemática tiene su lugar correspondiente, pero existe el peligro de reducir los aspectos paradójicos y variados de la verdad infinita a un sistema de lógica humana.

Ilustremos estos principios con algunos ejemplos de la Palabra de Dios:

1. Temor y Confianza

Los escritores de la Biblia aprueban el espíritu que teme a Dios y tiembla ante Su Palabra (véase Isa. 66:5; Fil. 2:12; Heb. 4:1; Apoc. 14:7). Ellos también nos exhortan a que nos acerquemos a Dios sin temor: "Lleguémonos pues confiadamente al trono de la gracia. . . ." ". . . teniendo libertad para entrar. . ." Heb. 4:16; 10:19.

Aquí tenemos una paradoja. Se nos amonesta a vivir delante de Dios con temor y sin temor; temblando y confiando. Percibiendo la verdad de esta paradoja, Lutero dijo que el cristiano debe vivir en cierta clase de "confianza desesperada."

Consideremos ahora la seria distorsión que resultaría de enfatizar uno solo de los dos lados de la paradoja. El alma tímida y desconfiada de sí misma necesita la seguridad de que el Gran Rey que está sentado sobre el trono de la eternidad abre de par en par los portales eternos de Su reino al toque tembloroso de un niño. Por otra parte, el clamoreo presuntuoso de la "Revolución de Jesús" debe confrontarse con la verdad de que la reverencia y el temor piadoso componen la primera ley de la adoración. Nuestro Dios es un Dios terrible en majestad, en santidad, en pureza y en odio hacia el pecado. No debemos atrevernos a aproximarnos a él con una familiaridad descuidada, ni tampoco hacer de él un personaje cualquiera. Viene ahora a nuestra memoria lo que dijera Lutero acerca de algunos de los espíritus radicales de Wittenberg. El reformador se quejó de que ellos "hablaban a Dios como si fuera el aprendiz de un zapatero." Nosotros también protestamos contra la familiaridad irreverente que caracteriza a gran parte del reavivalismo popular del día de hoy. No tenemos necesidad de líderes juveniles que meramente aconsejen a los jóvenes a acercarse a Dios con una confianza temeraria. Esto los haría caer en el error de la presunción irreverente. La juventud necesita toda la Palabra de Dios. Cuando aprendan a temer a la Majestad del Cielo y a temblar ante el asiento de Su juicio, entonces comprenderán apropiadamente lo que significa venir en plena confianza a la presencia de Dios en el nombre de Jesús.

2. Reposo y Actividad

El Evangelio es un llamado al reposo. El Señor nos invita: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar." Mat. 11:28. Y el apóstol Pablo dice: "Porque el que ha entrado en Su reposo, también él ha reposado de sus obras, como Dios de las Suyas." Heb. 4:10. Sin embargo, al creyente en Jesús se lo llama al trabajo ferviente. Jesús añade: "Llevad mi yugo (un instrumento de trabajo arduo y de servicio) sobre vosotros. . . ." Mat. 11:29. El apóstol Pedro amonesta a los creyentes: "Vosotros también, poniendo toda diligencia, añadid a vuestra fe. . . procurad tanto más de hacer firme vuestra vocación y elección" 1 Ped. 1:5, 10. Y en otro lugar dice: ". . . teniendo los lomos de vuestro entendimiento ceñidos. . . ." 1 Ped. 1:13.

Tanto Jesús como Sus apóstoles nos llaman repetidamente a una lucha; a una labor; a un trabajo; a cuidar de mantener las buenas obras; a llevar la cruz; a sufrir tribulación; a pelear la buena batalla y correr la carrera cristiana con paciencia.

El que más plenamente descansa en Cristo y Su salvación gratuita será el más fervoroso en su servicio a Dios. Por otra parte, un énfasis continuo sobre el descanso en Cristo y en esperar confiadamente en el Señor, excluyendo un énfasis adecuado sobre el lado opuesto, conduce hacia el *quietismo*. Un énfasis exagerado sobre el deber de la actividad cristiana conduce al activismo *pietista*. Por lo visto, el verdadero mensaje de la justificación por la fe yace entre medio de las dos distorsiones.

3. Fe y Obras

Fue Melancton quien dijo: "Somos justificados por la fe sola, pero la fe que nos justifica nunca está sola." El gran apóstol Pablo se destaca por su insistencia sobre la fe como único instrumento necesario para recibir la gracia de Dios que justifica. Con todo, Pablo puede ser igualmente enfático sobre la cuestión de la necesidad del servicio de amor. Nadie se salvará por sus buenas obras; sin embargo, es igualmente cierto que ninguna alma que permanezca en la ausencia de las buenas obras es salva.

La gente puede tornarse indolente cuando se hace un énfasis unilateral sobre la fe. Lutero se vió obligado a quejarse de esto. Por cierto, también estaba completamente consciente

del error opuesto. El reformador comparó sus esfuerzos en favor de los de su pueblo con la hazaña de montar a un paisano alemán en estado de embriaguez sobre un caballo—cuando uno intenta treparlo por un lado del caballo se cae por el otro. Algunos maestros seguirán diciendo: “Usted no tiene nada que hacer. Todo lo que tiene que hacer es creer.” No negamos que haya algo de verdad en tal declaración. Si se toma la fe en su sentido bíblico más amplio y completo, la fe es la única cosa necesaria. La predicación de la cruz de Cristo crea fe—tal fe que permanece activa en el servicio a Dios y al hombre. La fe no es un opio para poner a dormir la gente. La fe es un estimulante que despierta todas las energías del alma. Nunca debe dejarse la impresión sobre la gente de que las buenas obras son innecesarias o que carecen de importancia. Nadie puede leer las lecciones prácticas de Jesucristo y obtener esta impresión distorsionada.

En los escritos de Pablo se nos enseñan claramente dos cosas—la justificación por la fe y un juicio final de acuerdo con las obras. Puede que estas dos grandes verdades aparenten ser paradójicas, pero es necesario enseñar ambas. Santiago Buchanan, en su gran clásico sobre la doctrina de la justificación por la fe registra las palabras que solía decir su profesor, el Dr. Chalmers: “Deseo que todo predicador enfatice vehementemente sobre estas dos doctrinas—una justificación presente por gracia, por la fe sola; y un juicio futuro de acuerdo con las obras.” A esto, Buchanan añade: “Y todo ministro fiel ha hecho uso de ambas para poderse guardar, por una parte, del peligro del legalismo de la justicia propia; y por la otra, del antinomianismo práctico.” —*The Doctrine of Justification*, págs. 252, 253 (The Banner of Truth Trust, Carlisle, Pennsylvania).

4. Ley y Evangelio

Toda la Biblia se divide en estas dos categorías: La ley, y el Evangelio. La ley requiere que nosotros obremos, actuemos y corramos en el camino de los mandamientos de Dios. Cualquiera cosa que nos indique lo que debemos hacer, cómo debemos vivir, y qué tenemos que ser, es ley. Por ejemplo: “. . . amarás a tu prójimo como a ti mismo.” Lev. 19:18. “Amaos los unos a los otros con amor fraternal.” Rom. 12:10. “No améis al mundo.” 1 Juan 2:15. “. . . tened paz los unos con

los otros." Mar. 9:50. La ley no se enseña únicamente en el Antiguo Testamento; aparece también en todas las enseñanzas de Jesús y de Sus apóstoles. En contraste con esto, el Evangelio proclama: "No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará. . . ." Exo. 14:13. "Estad quietos y conoced que yo soy Dios." Sal. 46:10. No nos dice lo que nuestro brazo debe obrar para Dios. Proclama lo que el brazo poderoso de Dios nos ha dado gratuitamente. En Cristo Jesús, Dios nos ha dado todo lo que la ley requiere de nosotros (Rom. 10:4), a saber: perfecta justicia para su cumplimiento y perfecta expiación para su satisfacción.

Edmundo Schlink señala en su libro *Theology of the Lutheran Confessions* que, "Así como no puede predicarse la ley sin Cristo, de igual manera no se puede predicar la obra de Cristo sin la ley." —pág. 86. ¿Cómo podríamos conocer nuestro pecado y la magnitud de nuestra deuda sin la ley? (Rom. 3:20; 7:7-13). El que nunca ha tenido a la ley como ayo para instruirle tocante a la amargura de su pecado, nunca podrá apreciar la dulzura del Evangelio de la gracia salvadora. Más aún, dado que el Evangelio nos da todo lo que la ley demanda de nosotros (Rom. 10:4), ¿cómo podríamos apreciar lo que Dios nos ha dado sin haber escuchado primeramente la ley?

Debe distinguirse cuidadosamente entre la ley y el Evangelio. En esto consiste la piedra angular de la Reforma. Sin embargo, ambas cosas deben preservarse en una tensión apropiada, y, como dice la Fórmula de Concordia: "Creemos y confesamos que estas dos doctrinas [la ley y el Evangelio] deben inculcarse en la Iglesia de Dios siempre y por siempre hasta el fin del mundo." *Book of Concord*, pág. 261 (Concordia Publishing House, St. Louis, Missouri).

El poder de la predicación del Evangelio será proporcional al poder de la predicación de la ley. Permítase que la ley caiga en el desuso y el Evangelio se convertirá en un viejo cuento aburrido; en mero sentimiento; en "gracia barata"; en un mensaje que cansa al mundo. Proclámese y exáltese a la ley de Dios como la expresión de Su santa voluntad y los pecadores clamarán: "¿qué debo hacer para ser salvo?". Por otra parte, cuando se pone a un lado al Evangelio triunfan el moralismo, el farisaísmo y la justicia propia; y los defensores del evangelio-social tratan de establecer el reino de Dios mediante la actividad humana.

Si nos mantenemos en la fe de la doctrina de la Reforma tocante a la justificación por la fe, veremos que el Evangelio no cancela la ley ni la ley debilita el don gratuito del Evangelio. No se puede descuidar la una sin descuidar al otro.

Vivimos en una era cuando la autoridad se encuentra bajo fuego; y detrás de todo esto radica la hostilidad humana contra la autoridad de Dios, contra Su gobierno y contra Su ley. Gran parte de la predicación actual tocante a la justificación por la fe, entre los así llamados protestantes, es nada más que un sentimentalismo enclenque que no lleva a los oyentes al arrepentimiento por haber transgredido la santa ley de Dios. Ni tampoco produce vidas que muestren gran respeto por esa ley. Tal predicación no se parece en lo más mínimo al mensaje de los puritanos, o al de los reformadores, ni menos aún al de los apóstoles.

La ley y el Evangelio constituyen una paradoja. Deben preservarse en una tensión adecuada. A menos que hagamos esto, distorsionaremos el Evangelio de Cristo.



5. La Naturaleza de un Hombre Cristiano

¿Es el cristiano un santo o un pecador? Lutero luchó con este enigma hasta que pudo diseñar la famosa frase que se constituyó en una viga firme que sostuvo toda la armazón teológica de la Reforma—*simul justus et peccator*, que significa: **justo y pecador a la misma vez**. Esta es una tremenda paradoja. El partido católico-romano no pudo comprenderla. Pero mientras más examinamos esta paradoja, más luz irradia de ella, aclarando otros misterios que aparentemente no tendrían solución.

El creyente en Jesús es justo ante Dios porque Dios mismo lo declara justo por causa de Cristo. Además, mediante el Espíritu, ha venido a ser una nueva criatura y por esto comienza a comportarse rectamente. Por otra parte, nunca debe imaginarse que está sin pecado (1 Juan 1:8). Debe confesar la pecaminosidad de su naturaleza (Rom. 7:14-25) y rogar constantemente por el perdón al darse cuenta que continuamente no logra alcanzar el ideal de Dios en sus mejores esfuerzos y deberes más sagrados (Ecl. 7:20; Rom. 3:23). El creyente tiene la misma naturaleza pecaminosa que tienen los demás hombres. Por tal razón es que la carne lucha contra el Espíritu y el Espíritu contra la carne (Gál. 5:17).

A fin de obtener una visión correcta de la vida cristiana deben considerarse ambos lados de la paradoja: a saber, una victoria diaria sobre el pecado y la naturaleza pecaminosa mediante el poder del Espíritu de Dios; y la inevitable maldad de la pecaminosidad humana.

El "movimiento de la santidad" enfatiza la vida victoriosa como una posibilidad para el cristiano. Se centraliza sobre algunos pasajes de las Escrituras tales como: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece." Fil. 4:13. Enfatiza muchas verdades que la fría ortodoxia formalista necesita escuchar. No obstante, el "movimiento de la santidad" cae en la seria distorsión de prestarle poca atención al otro lado de la paradoja; es decir, omite la realidad de la inevitable pecaminosidad de todos los santos en esta vida, lo cual está registrado en términos inequívocos en Romanos 7:14-25.¹

¹La mayoría de los autores y predicadores del énfasis santificacionista tratan de escudarse de las embarazosas implicaciones que se desprenden de Romanos 7:14-25 diciendo que este pasaje no se aplica a un cristiano victorioso ni a un creyente lleno del Espíritu. Por supuesto que este argumento no es algo nuevo; antiguamente fue utilizado por los católicos-romanos cuando se oponían a la doctrina de los reformadores.

El movimiento pentecostal moderno apela al deseo humano de escapar del continuo sentido de la pecaminosidad personal y de la incapacitación humana, que siempre han sido imposiciones hereditarias por causa de la naturaleza pecaminosa que hasta los santos poseen. De esta forma es que muchos son tentados a buscar alguna clase de experiencia excitante "en el Espíritu", que les libere de la tensión diaria de ser *simul justus et peccator*. Gran parte del énfasis santificacionista-pentecostal proviene de tratar de obtener prematuramente la gloria venidera—es un intento de traer al ahora del proceso histórico el aún no de la eternidad (véase 1 Juan 3:2).

Por otra parte, una gran mayoría de los que siguen a la corriente más ortodoxa del protestantismo yerra al caer en la distorsión conocida como negativismo. Esta se desprende del hecho de sostener un énfasis correcto, pero desbalanceado, sobre la pecaminosidad humana. Como consecuencia, un gran número de profesos cristianos excusan con facilidad el pecado, se arrullan en la misericordia de Dios y esperan que la eternidad les traiga la victoria que deben experimentar aquí en el presente.

6. Seguridad y Peligro de Caer

Un presbiteriano calvinista se encuentra en cierta ocasión con un metodista arminiano y le dice: "He oído que ustedes, los metodistas, creen que uno puede caer de la gracia."

A lo que replica el metodista: "Y yo he oído que ustedes los presbiterianos creen que se pueden robar caballos."

"Seguro que no. Nosotros no creemos en tal cosa," dice el presbiteriano.

"Pero, ¿no cree usted que es posible que un presbiteriano se robe un caballo?" arguye el otro.

"Seguro que sí. Esto es posible, pero nosotros no creemos en ello," contesta el presbiteriano.

"Ni tampoco nosotros *creemos* en caer de la gracia," dice el metodista.

La mayoría de nuestros lectores deben estar al tanto de los argumentos que se usan para sostener tanto al calvinismo como al arminianismo en esta área teológica. Al calvinista le gusta enfatizar la seguridad del creyente (las tradiciones menos sofisticadas del calvinismo reconocen esto como "una vez salvo, para siempre salvado"). El arminiano se encuentra

bien equipado con una serie de textos que amonestan al creyente respecto del peligro de caer de la fe en Cristo. Después de haber dictado una conferencia a nivel de seminario en Nueva Zelanda, este editor tuvo el placer de atender a un caballero cristiano que se le acercó para interrogarlo. Deseaba saber si este escritor estaba sólidamente fundado sobre lo que él consideraba ser la base de la Reforma: el "una vez salvo, para siempre salvado." La conversación tomó un curso semejante a éste:

Sr. X: "Usted no niega la doctrina de la seguridad eterna para el hombre que ha aceptado a Cristo, ¿verdad que no? "

R.D.B.: "Yo creo en la seguridad eterna del *creyente*. Pero recuerde que el creer bíblico no es un solo acto. En el Nuevo Testamento la palabra *creer* se escribe generalmente en un tiempo de presente continuo."

Sr. X: "Entonces, ¿puedo presumir de esto que usted no es arminiano? "

R.D.B.: " ¡Eso es correcto! "

Sr. X: " ¡Qué contento me siento de oír eso! "

R.D.B.: "Dígame, ¿sobre qué escrituras fundamenta usted su doctrina de la seguridad eterna? "

Sr. X: " 'Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.' Juan 10:28. 'A los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió . . . ' Juan 17:12. 'Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó.' Rom. 8:30."

R.D.B.: "En tanto que ambos podemos obtener mucha satisfacción de estas escrituras que prometen seguridad al creyente, ¿cree usted también en las siguientes escrituras? : 'Pues las ramas, dirás, fueron desgajadas para que yo fuese injertado. Bien; por su incredulidad fueron desgajadas, pero tú por la fe estás en pie. No te ensoberbecas, sino teme.' Rom. 11: 19, 20. 'Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará.' Juan 15:2. 'Sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado.' 1 Cor. 9:27. 'Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás.' 2 Ped. 1:10. 'Y a vosotros también, que érais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en Su cuerpo de carne, por medio de la

muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él; si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del Evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación que está debajo del cielo; del cual yo Pablo fui hecho ministro.' Col. 1:21-23. '¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?' Heb. 10:29. 'De Cristo os desligásteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído.' Gál. 5:4. Muy bien, ¿cree usted también en estos textos? "

Sr. X: "Sí, tengo que creer también en esos textos porque están en la Biblia."

R.D.B.: "Pero, ¿toma usted realmente estas escrituras tan en serio como lo hace con los otros textos que hace poco me citó respecto de la seguridad del creyente? "

Sr. X: "Supongo que no."

R.D.B.: "Por eso es que Lutero adoptó la posición correcta respecto de este asunto. El comprendió plenamente que la verdad tocante a este asunto podía expresarse solamente mediante dos grupos de declaraciones que aparentaban oponerse entre sí. Su énfasis no era ni calvinista ni arminiano. El aceptó cada lado de la paradoja con igual seriedad y preservó así la *tensión apropiada* entre la confianza en su seguridad en Cristo y el temor que procede de la posibilidad de caer de la gracia. No le pido que tome menos en serio los textos que me acaba de citar. Simplemente le exhorto a que tome con igual seriedad el otro lado de la paradoja. A menos que haga esto, su visión de la verdad quedará distorsionada."

Sr. X: "Muchas gracias. Deseo estudiar un poco más este asunto."

7. Predestinación y Expiación para Todos

Algunos de mis amigos sostienen que ellos deben creer en una "expiación limitada" a fin de poder ser consistentes con la doctrina bíblica de la predestinación. Algunas cartas dirigidas a este editor reclaman que toda la Reforma se fundó sobre los conceptos de la predestinación y de la expiación limitada. Nosotros admitimos prestamente que, humanamente hablando, la predestinación y la expiación limitada son ideas consistentes entre sí mismas. Pero nos apresuramos también a añá-

dir lo siguiente: "Puntos de vista extremistas tienen la ventaja de ser sorprendentemente consistentes." —H. Bezzel, *Berufung und Beruf*, pág. 64 (Neuendettelsau, 1926). Tal consistencia se adquiere ya sea ignorando o destruyendo la naturaleza paradójica de la verdad divina.

Debiéramos señalar, además, que el más grande reformador creía en la predestinación y en una expiación no limitada. Algunos dirán: "Desafortunadamente, Lutero no fue consistente." Si la consistencia significa destruir la paradoja bíblica, Lutero sería el primero en admitir que su enseñanza no era consistente. Pero él estaba muy consciente de que las verdades de la revelación divina a menudo aparentan ser antitéticas e ilógicas para el razonamiento humano.

Pablo no comienza su carta a los Romanos con el tema de la predestinación. El parte desde la justificación por la fe hacia la predestinación. El hace esto para mostrar que Dios es totalmente el Autor de nuestra fe y que toda noción que insinúe el mérito humano debe ser rechazada.

Aún los reformadores que adoptaron el punto de vista de un determinismo más rígido no defendieron su punto de vista porque este tuviera alguna validez propia intrínsecamente. Lo que ellos perseguían era la exclusión del mérito humano del plan salvador. Lutero encontró útil la doctrina de la predestinación cuando disputaba con hombres como Erasmo, dado que esta doctrina quitaba toda iniciativa, en el asunto de la salvación, de las voluntades humanas caídas y colocaba toda la iniciativa salvadora sobre la voluntad divina únicamente.

Miremos, pues, ahora el otro lado de la paradoja—el obrar y morir de Cristo Jesús por los pecadores del mundo entero. ¿Enseña la Biblia que Jesús murió en realidad por todos?

"Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo." 1 Juan 2:2.

"Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna." Juan 3:16.

"Porque Dios encerró a todos en incredulidad, para tener misericordia de todos." Rom. 11:32.

"Pero el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo; que os ha nacido hoy en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor." Luc. 2:10, 11.

"Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios." Rom. 3:23.

"Porque no hay acepción de personas para con Dios." Rom. 2:11.

"Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida." Rom. 5:18.

"Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dió a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dió testimonio a su debido tiempo." 1 Tim. 2:5, 6.

"Que por esto mismo trabajamos y sufrimos oprobios, porque esperamos en el Dios viviente, que es Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen." 1 Tim. 4:10.

"Porque la gracia de Dios, que trae salvación a todos los hombres, se manifestó." Tito 2:11.

"El Señor no retarda Su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento." 2 Ped. 3:9.

No hace mucho, este escritor leyó un libro sobre el tema de la predestinación, escrito por un predestinatario ferviente. Una gran sección de su libro estaba dedicada a "explicar" y a "armonizar" con su determinismo rígido textos tales como los que citamos anteriormente. Después de muchas páginas repletas de explicaciones detalladas y de trabajo minucioso, expresó su satisfacción de tener un punto de vista consistente. Pero, "Puntos de vista extremistas tienen la ventaja de ser sorprendentemente consistentes."

En cierta ocasión, Martín Lutero recibió una carta de un hombre profundamente angustiado por la duda de si era o no uno de los predestinados para salvación. El reformador le contestó:

"Te suplico que mires las palabras [de Juan 3:16] para determinar cómo y de quién es que habla él: 'De tal manera amó Dios al mundo' y 'para que todo aquel que en él cree.'

"Ahora bien, 'el mundo' no significa Pedro y Pablo solamente, sino la raza humana completa. Todos juntos. Y aquí no se excluye a nadie. El Hijo de Dios fue entregado por todos. Todos debieran creer y todos los que creen no se pierden, etc. Rúégote que te agarres la nariz para que determines si eres o no un ser humano (es decir, parte del mundo). Y si perteneces o no, como cualquier otro hombre, al número de los que se incluyen en la palabra 'todo'." —*What Luther Says*, comp. E. Plass vól. 2, pág. 608 (Concordia Publishing House, St. Louis, Missouri).

Una de las razones del sorprendente éxito del reavivamiento wesleyano fue su apelación universal de que Cristo murió por todos. Las alegres y gratas nuevas de la gracia ilimitada de Dios pusieron los corazones a cantar; las voces a sonar; y los pies a correr. Wesley aborrecía el pensamiento de cualquier clase de frío determinismo. Sus críticos pudieron señalar algunos puntos débiles en su teología, pero Wesley tenía un concepto general tocante al carácter de Dios mucho mejor que el que tenían algunos de sus críticos más ortodoxos. Y pocos querrán negar que él hizo más bien que éstos.

No distorsionemos las declaraciones sencillas de la Biblia para acomodarlas a nuestro esquema de teología sistemática.

8. Justificación y Santificación

Cuando tratamos el asunto de la relación que existe entre la justificación y la santificación no podemos hacerlo sin hablar de paradojas. Toda la historia de la iglesia es un recuento de la lucha por sostener ambas facetas en una tensión adecuada.

Somos justificados únicamente mediante una obra efectuada *afuera* de nosotros mismos, pero somos santificados mediante el Espíritu de Dios que obra *dentro* de nosotros. La esencia del legalismo católico-romano consiste en depender de la obra de renovación interna para ser aceptado por Dios. Sin embargo, la esencia del antinomianismo protestante consiste en suponer que podemos ser santificados y capacitados para vivir en el cielo mediante la obra que Cristo efectuó afuera de nosotros.

Ninguna cantidad de santificación puede asegurar la admisión de alguien al reino de la gracia; pero la justificación siempre queda en peligro si uno no se ejercita en la santificación. La obediencia no puede asegurarnos la bendición del perdón; pero por una desobediencia persistente y voluntaria se puede vender la primogenitura.

Con todo, ahora debemos echarle un vistazo al otro lado del panorama. La santificación queda en peligro si no se basa sobre la justificación. Debe haber un retorno constante a la justificación, a la palabra del perdón, si es que se quiere preservar a la santificación libre del farisaísmo y de la justicia propia. Las oraciones y el servicio piadoso son aceptables sólo por gracia. La verdad de la justificación llama a cuestión todo

cuanto hacemos. El verdadero crecimiento cristiano existe sólo donde el aprecio por la justificación va en crecimiento. En nuestra santificación progresiva, nunca habremos de llegar a un punto tal donde nuestra aceptación para con Dios no descansa enteramente sobre el perdón de los pecados.

La necesidad constante de la justificación por la fe significa que la pecaminosidad humana es un hecho del cual no podemos escapar—por cuanto no hay hombre sobre la tierra que no peque (Ecl. 7:20), y por cuanto todos permanecen lejos de alcanzar la gloria de Dios (Rom. 3:23). Pero la santificación nos instruye en nuestro deber positivo de evitar el pecado. Por un lado se nos llama a reposar; por el otro, a una vida de ferviente actividad.

La justificación nos da la perfección; y la santificación nos motiva a dirigirnos hacia ella. Mediante la fe que justifica, el corazón queda purgado de todo pecado; con todo, se nos llama a continuar en la purificación de nuestras almas mediante la obediencia a la verdad. Y así, como estos, podemos mencionar muchos aspectos más que guardan una relación paradójica entre la justificación y la santificación; a lo que también conocemos como la paradoja de la posesión presente y de la esperanza futura; la paradoja de ser puros, y sin embargo, impuros; la de poseer todas las cosas y no tener nada (2 Cor. 6:10); la de descansar en fe y de obrar en amor; de ser libres por la fe y siervos de todos por amor; de ser consolados y amonestados. Y también viene a nuestra memoria la experiencia paradójica del gran apóstol:

“Que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal.” 2 Cor. 4:8-10.

Cómo Relacionarse con la Paradoja

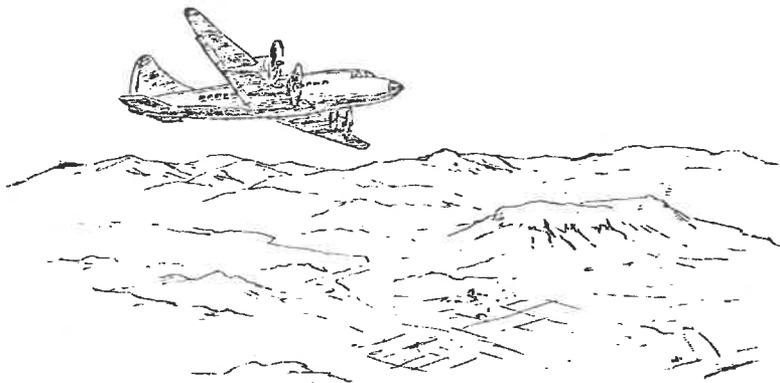
En esta vida debemos vivir aceptando las paradojas de tener y no tener; de ser justos e injustos; de estar completos e incompletos; de descanso y de actividad; de creer y obrar; de confiar y temer; de ser capaces de hacer todas las cosas mediante Cristo Jesús y no poder hacer lo que querramos; de

evitar el pecado y a la vez confesar su inevitabilidad; de ser victoriosos sobre el pecado y lamentarnos de que al hacer el bien, el mal está en nosotros. Debemos aceptar las paradojas de progreso y arrepentimiento; de libertad y sujeción; y así por el estilo. Repetimos, es una señal de inmadurez cristiana enfatizar un solo lado de la paradoja con el propósito especial de cancelar la verdad del otro lado.

La ley y el Evangelio; la fe y las obras; la justificación y la santificación y todas las grandes paradojas de la Biblia deben mantenerse en una tensión adecuada. Si proclamamos la gloria de la gracia justificadora de Dios y nos imaginamos que esto sólo basta para motivar a la gente hacia la búsqueda fervorosa de la santificación, no pasará mucho tiempo antes de que comprendamos que la naturaleza pecaminosa necesita que se le advierta y amoneste agudamente en el camino de la obediencia. Pero para que el lenguaje de la experiencia cristiana no eleve su volumen y se torne confiado, siempre debe haber un retorno a la formidable estrictez de la justificación; de otra manera, la santificación se convertirá en un romanticismo místico o en pretensiones de completa santificación.

Pensad en la forma en que se hace volar a los aviones. Existen dos fuerzas antitéticas en esto—la gravedad y la velocidad. La una no debe cancelar a la otra, porque el secreto del arte de volar radica en mantener ambas fuerzas en una tensión adecuada. De no mantenerse la tensión correcta entre la velocidad y la gravedad, tanto el avión como su piloto se vienen abajo y se estrellan. Y si la gravedad cesara, el vehículo se perdería en el espacio en una órbita desconocida.

Que Dios nos ayude a mantener una predicación de la verdad bíblica balanceada y sin distorsión.



El Dios Inmanente y La Trinidad

Los Editores

La religión cristiana es trinitaria. Cuando llegamos a ser cristianos, se nos llama a entrar en una relación de tipo pactal con el Dios Trinitario—con el Padre, con el Hijo, y con el Espíritu Santo. Jesús le ordenó a sus seguidores que bautizaran en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mat. 28:19). De modo que, para nosotros, como cristianos, resulta apremiante que tengamos nuestros pies sobre tierra firme en lo que toca a la doctrina de la Trinidad. No vamos a estudiar aquí alguna cosa nueva en relación con la corriente histórica de la Iglesia, sino que nos hemos de adherir fielmente a la antigua senda—a la gran verdad de la Trinidad, la cual ha preservado por un período de dos mil años a la iglesia cristiana.

En los tiempos de Agustín se suscitó un inmenso conflicto relacionado con el bautismo—que si el mismo que administraban los herejes podía ser reconocido como válido por la iglesia o no. Constituyóse en opinión universal de la iglesia que sólo existía un bautismo para la remisión de los pecados; y fuera éste administrado o no por un hereje, seguía siendo bautismo cristiano. Pero había una sola excepción que rompía la regla. Y ésta era que si el hereje negaba la Trinidad, el bautismo que administraba no se consideraba bautismo cristiano. Por lo tanto, la persona que recibía de aquel hombre el bautismo, debía volver a bautizarse con un bautismo verdaderamente cristiano. Lutero también reconoció la importancia de la doctrina de la Trinidad. Denominó a la misma como la principal joya de toda doctrina cristiana. De igual manera, nosotros, como creyentes, debemos considerar nuestra relación con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo.



Lutero



Augustín

Unidad y Distinción

Creemos en un solo Dios. Como dice el antiguo y honorable credo de Atanasio—el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, y, a pesar de esto, no son tres Dioses, sino un solo Dios. Son tres Personas; son uno en naturaleza y uno en unidad de voluntad divina, pero siguen siendo tres diferentes Personas. Así es como hallamos aquí un elemento de *unidad y distinción*. Con todo, ambas deben preservarse.

Si sólo existiera unidad, caeríamos finalmente en la herejía que se ha diseminado en la iglesia cristiana—la de que sólo existe una Persona, y que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son nada más que tres manifestaciones de esa única Persona. Por lo tanto, debemos afirmar que no sólo existe unidad sino también distinción—tres distintas Personas que poseen diversos oficios.

En la economía de la salvación, al Padre se lo representa como quien envía al Hijo; el Hijo es el que viene para hacer la voluntad de su Padre y proveer la salvación, y el Espíritu Santo viene como el Representante de Cristo Jesús para glorificarle y aplicar aquella salvación, dándonos fe salvadora.

Esta doctrina de unidad y distinción entre las tres Personas, nos conduce hacia ciertas conclusiones vitales—conclusiones que, como ya hemos apuntado, son muy antiguas en la fe cristiana.

1. Dado que hay unidad de substancia o naturaleza en la Deidad, esto quiere decir que donde está Uno presente, allí

están todos presentes. Por esto es que Jesús podía decir: "El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos con él morada" (Juan 14:23). Y por eso, también, en Romanos 8:9-11 se intercambian las expresiones, "Cristo está en vosotros" y "el Espíritu de Dios" que "mora en vosotros". Donde se halla uno de ellos presente, todos están allí presentes. Dado que el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, allí donde uno de ellos está presente, Dios está presente.

2. El significado de esto es que, si somos verdaderos cristianos, debemos confesar la realidad de que el Espíritu Santo habita adentro de nosotros. Como se dice en Juan 14: ". . . rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre; al Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; mas vosotros le conocéis; porque está con vosotros, y será en vosotros" (Juan 14:16, 17). También en Romanos 8 se nos habla acerca de "Su Espíritu que mora en vosotros" (Rom. 8:11).

Y, por supuesto, en el Nuevo Testamento encontramos que las tres Personas de la Deidad están indivisiblemente unidas en la realidad del Espíritu que mora en el creyente. Esto quiere decir que, debido a la unidad que existe entre las Personas de la santísima Trinidad, Dios habita adentro del creyente. Por eso San Juan dice: ". . . el que vive en amor, vive en Dios, y Dios en él" (1 Juan 4:16). Donde está presente el Espíritu, allí está presente Dios. El Espíritu mora en el creyente; Dios mora en el creyente. El creyente es un templo del Espíritu Santo; por consiguiente, es también un templo de Dios (1 Cor. 3:16).

Puesto que, como ya hemos visto, donde Uno está presente todos están presentes, entonces, donde el Espíritu Santo está presente, allí está Cristo presente. Esto fue lo que Jesús quiso significar cuando dijo que él se iría y, sin embargo, "vendré a vosotros" (Juan 14:2, 18). ¿Cómo vendría él? En la venida del Consolador. Y por cuanto Cristo está presente donde el Espíritu está presente, encontramos que al Espíritu Santo se lo llama "el Espíritu de Cristo" (Rom. 8:9; 1 Ped. 1:11). Cristo se encuentra realmente presente, porque él dijo: "vendré a vosotros" (Juan 14:18); "Porque donde están dos o tres congregados en mi Nombre, allí estoy en medio de ellos" (Mat. 18:20). Jesús es el Compañero del creyente. Por medio del Espíritu Santo, Su presencia puede ser más cer-

cana al creyente de lo que era hace dos mil años para aquéllos que caminaron con él. Por tal razón fue que Jesús dijo a Sus discípulos: "Os es necesario que yo vaya" (Juan 16:7). El deseaba darles algo mejor que lo que disfrutaban en aquel entonces.

Mediante el Espíritu, podemos gozar de la compañía personal de Jesús. Sin el Espíritu Santo, nada tendríamos excepto una oscura figura histórica. El Espíritu es como la atmósfera que refracta los rayos solares, trayendo a la tierra los beneficios de la luz y el calor.

Espíritu y Palabra

Vemos en las Escrituras que el Espíritu Santo viene a nosotros a través de la Palabra del santo Evangelio. ". . . la espada del Espíritu . . . es la Palabra de Dios" (Efe. 6:17). La Palabra es el "carruaje" o vehículo del Espíritu. El Espíritu Santo no obra afuera ni aparte de la Palabra; siempre viene a nosotros en la Palabra de Dios y con la Palabra de Dios. Sin embargo, algunos concluyen prestamente que el Espíritu Santo está presente sólo en el sentido de que la Palabra está presente, haciendo así del Espíritu y de la Palabra una y la misma cosa. Esto es una falacia.

No obstante, a la vez que nos cuidamos de no fusionar al Espíritu con la Palabra, es menester que nos cuidemos contra el peligro de separarlos. Supongamos, por ejemplo, que solamente aceptamos la doctrina de que el Espíritu Santo viene a nosotros para morar en nuestro interior, y ponemos a un lado la importante dimensión de que éste siempre viene en la Palabra, hablándonos a través de ella y derramando luz sobre ella. ¿Cómo entonces podríamos saber si tenemos el Espíritu Santo o algún otro espíritu? ¿Cómo podríamos saber si lo que nos impulsa a actuar es el Espíritu Santo o meramente nuestras impresiones carnales? Caeríamos sin remedio en el camino del fanatismo—si divorciamos al Espíritu de la Palabra. Supóngase que tomemos la dirección opuesta; que digamos: "Muy bien, sólo queremos que la Palabra llegue a nosotros; no importa el Espíritu; la Palabra, la verdad, esa es la cosa más importante". En ese caso, quedaríamos atrapados en el error del árido racionalismo. Y, amigos, cada error es tan pernicioso como el otro.

Real o Corporal

Hemos visto que donde el Espíritu está presente, allí Dios está presente; y que donde el Espíritu está presente, allí Cristo está presente. Esta presencia es real, mucho más real que la que conocían los discípulos mientras Jesús todavía caminaba con ellos. Pero, ¿qué diremos si llevamos este razonamiento más allá aún y decimos que, puesto que Cristo está realmente presente en el creyente, y como Cristo es perfectamente justo, nuestra justicia es, por consiguiente, algo que mora en nosotros? ¿Será esto correcto?

Bueno, por lo menos no es algo nuevo. Esta es la herejía de Osiander, quien durante algún tiempo fue colaborador de Lutero. El se levantó, diciendo: "Ustedes han errado al no comprender el punto de la doctrina de la justicia—es decir, la doctrina del Dios que habita en el interior del hombre. Dios habita en nosotros y deposita en nosotros Su justicia esencial; y ésta es nuestra justicia delante de Dios". ¿Qué hay de malo en tal razonamiento? Si Cristo está en nosotros, (y, de hecho, Cristo es nuestra justicia), entonces, ¿por qué no constituye nuestra justicia delante de Dios la justicia moral que poseemos en la Persona del Cristo que habita dentro de nosotros?

Los reformadores tenían una respuesta para esa pregunta. Ellos pudieron percatarse de que la doctrina de Osiander constituía un eslabón de unidad con Roma. Y esta respuesta de los reformadores es un remache profundamente incrustado en el movimiento de la Reforma y en la fe dada una vez a los santos. Es cierto que Cristo es nuestra justicia, pero debemos saber discernir en qué consiste la justicia de Cristo—si consiste en la justicia de Su naturaleza divina mientras vivía aquí en esta tierra, o si consiste en la justicia de Su naturaleza humana. Pues bien, no consiste ni de la una ni de la otra separadamente, sino de ambas conjuntamente. Es la justicia del Cristo divino-humano. Y debido a que esta divina Persona de Cristo se encuentra ahora encubierta con la humanidad, él está ahora a la diestra de Dios como una Persona divina-humana.

Cuando decimos aquí que la presencia de Cristo es real, no queremos decir material. Material significa "corporalmente". Cristo no está aquí en la tierra presente en su cuerpo. El se halla materialmente a la diestra de Dios. Dado que nuestra justicia es el Cristo divino-humano, nuestra justicia está a la

diestra de Dios. Y es así como la gran Fórmula de Concordia, después de confesar la realidad de que Dios habita en el creyente—que donde el Espíritu está presente, Dios está presente; y que donde Uno está presente, todos están presentes—vuelve a recordarnos que este Dios que habita en el interior de los creyentes no es la justicia del creyente delante de Dios. En cierta ocasión, Juan Bunyan dijo:

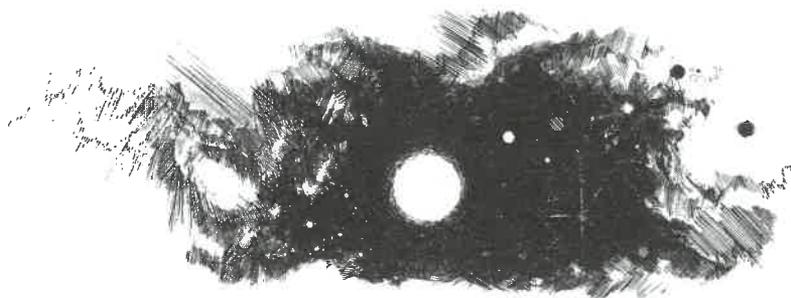
“... Si no estableces una diferencia entre la justificación obrada por el Hombre Cristo afuera de nosotros, y la santificación obrada por el Espíritu de Cristo adentro de nosotros. . . no eres apto para interpretar rectamente la Palabra; sino que al contrario, perviertes la Palabra de Dios y pones piedras de tropiezo ante la gente, y de cierto que un día quedarás profundamente escarmentado por tu locura, a menos que te arrepientas, porque el Espíritu que obra dentro del hombre, siempre lo conducirá en fe hacia el Cristo exterior que está a la diestra de Dios.” *The Riches of Bunyan*, pág. 140. (Sociedad de Tratados Americanos, Nueva York, 1850).

Así que, repetimos, el Dios que habita en el interior del creyente no es la justicia de éste delante de Dios. Eso no es lo que nos justifica. Eso no es lo que nos da derecho a la vida eterna. Nuestra justicia ante el rostro de Dios, la justicia que nos justifica, que nos salva y nos trae salvación eterna es la justicia del Cristo divino-humano, que guardó perfectamente la ley de Dios por nosotros y murió en la cruz para pagar la demanda por nuestros pecados. Y ahora él intercede presentando esta obra a nuestro favor a la diestra de Dios.

Inmanencia y Trascendencia

Existen dos cosas que deben mantenerse unidas en lo que toca a la doctrina de la Trinidad. La primera verdad—y la más primordial—que debemos sostener es la verdad del Dios trascendental. La segunda verdad es la del Dios inmanente.

Hasta ahora sólo hemos discutido acerca del Dios que habita dentro del creyente, del Espíritu Santo que habita dentro del creyente, del Cristo que habita dentro del creyente. Esa es la doctrina del Dios inmanente. La palabra “inmanente” significa “en el interior”. De modo que, el Dios inmanente es el Dios que habita dentro del creyente. Por otra parte, cuando hablamos del Dios trascendental, estamos tratando con todo lo contrario de inmanencia. El Dios trascendental es



el Dios que está muy por encima, arriba. Eso nos mantiene a raya, y nos hace saber que Dios está en el cielo y que el hombre está en la tierra. Dios está arriba; el hombre está abajo. Dioses el Infinito, el que está por encima del hombre; el hombre es la criatura, la que está debajo de Dios. Esta es la doctrina del Dios trascendental.

Entonces, ¿cuál de las dos rutas hemos de tomar—la del Dios trascendental, o la del Dios inmanente? Debemos aferrarnos a ambas. Hay un texto muy familiar en las Escrituras y que une a ambos caminos—al Dios distante y al Dios cercano: “Porque así dice el Alto y el Excelso, que habita la eternidad, y cuyo Nombre es el Santo: Yo habito en el lugar alto y santo.” (He ahí la verdad del Dios trascendental.) Pero, ¿en qué otro lugar habita? “Habito también con aquel que es de espíritu contrito y humilde” (Isa. 57:15, Versión Moderna). (He aquí la verdad del Dios inmanente.)

Inmanencia y Panteísmo

El panteísmo es la filosofía que enseña que Dios habita en cada parte de la creación. Ciertas teorías panteístas figuraron prominentemente entre algunos círculos del cristianismo para fines del siglo pasado. El mayor problema con estas teorías panteístas fue la falla de no sostener conjuntamente las dos grandes verdades de la trascendencia y la inmanencia. Es verdad que el creyente (no el incrédulo, sino el creyente), es un templo de Dios. Pero la herejía panteísta corrompía esta verdad del Dios inmanente, negando la verdad del Dios trascendental. Cierta médico defensor de esta teoría le presentó a un ministro en una ocasión el siguiente reto: “Dígame, ¿dónde

vive Dios? " "Bueno," contesta el ministro, "él vive en el cielo." "Pero, ¿dónde está el cielo?" replicó el médico.

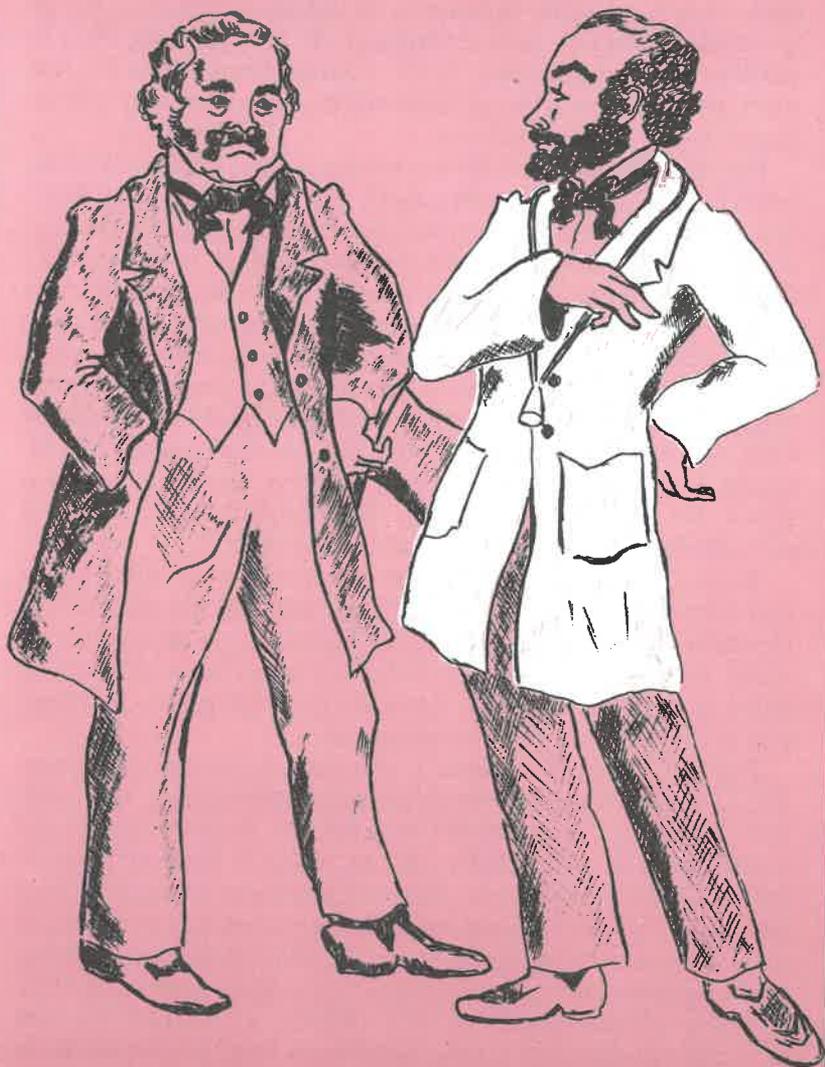
El ministro admitió que no sabía adónde; que no podía localizarlo geográficamente. Entonces replicó el galeno, "Te voy a decir dónde está el cielo, dónde vive Dios, dónde está Su trono, y dónde está Su gloria." Y señalando hacia sí mismo, declaró: " ¡Aquí está el cielo! " Por supuesto que tenía un sin número de textos bíblicos para probar que verdaderamente Dios mora en el creyente. Pero al hacer de esto su énfasis exclusivo, descartó la gran verdad del Dios trascendental y la necesidad de la mediación e intercesión continua de Cristo delante de Dios, quien presenta allí a nuestro favor Su inconquistable justicia. Y esta justicia es nada menos que Su propia Persona, puesta como Garantía y Seguridad del pecador creyente. Y, como concluyera un escritor: "Estas teorías, seguidas de su conclusión lógica, barren del todo a la economía cristiana."

Esta negación del Dios trascendental fue el comienzo de las herejías mortales en la iglesia cristiana moderna. Y este énfasis prevalece todavía extremadamente en la iglesia cristiana contemporánea. Hacia esto es que conduce el pentecostalismo. En varias ocasiones me he encontrado con algunas personas que no desean saber cosa alguna del Dios trascendental. Dicen que Dios habita en sus corazones. Y también terminan orando al Dios que está dentro de ellos.

Trascendencia y Racionalismo

De la misma manera en que algunos han usado torcidamente la inmanencia para negar la trascendencia, así también encontramos en la historia de la iglesia quienes usaron de la trascendencia para negar la inmanencia. Si no aprendemos de las lecciones del pasado, quedaremos condenados bajo la maldición de repetir los mismos errores.

Después del tiempo de los reformadores, se desarrolló en el protestantismo la era de la ortodoxia. Surgió en medio de ella un maravilloso caudal de teología. Los protestantes modelaron los variados aspectos de la justicia imputada de Cristo Jesús y se hicieron fuertes en ese punto. Pero, a la vez que enfatizaban la trascendencia de Dios en forma suprema, no le hacían justicia a Su inmanencia. Debido a esta tendencia sobrevino a la iglesia la aridez y la esterilidad.



Como una reacción en contra de la falta de espiritualidad de la ortodoxia, se desarrolló una corriente opuesta de pensamiento. Vino la reacción del pietismo (del pietismo alemán). Después vino el moravismo y más adelante, en la misma corriente, llegó el metodismo que, incidentalmente, fue una iniciativa por virtud de la cual Dios empleó a Juan Wesley para traer un mejor balance a la iglesia cristiana a fin de guardarla contra la seca esterilidad de la ortodoxia. Pero la tendencia del metodismo hacia el entusiasmo fue la incubadora que dió formación al Movimiento de la Santidad y finalmente al del pentecostalismo.

Por otro lado, la ortodoxia continuó haciendo énfasis sobre el Dios trascendental sin hacerle justicia a la obra del Espíritu Santo y a la presencia real y compañía personal de Jesucristo. Cuando carece de una comprensión de la realidad del Cristo inmanente, la religión adolece de la falta de algo necesario y engendra el racionalismo. Así fue como brotó de la iglesia cristiana la era del racionalismo. En primer lugar apareció el racionalismo teístico, en el que se mantenía cierta creencia en Dios, pero todo se analizaba desde un punto de vista racionalista. La religión cristiana fue totalmente racionalizada, no haciéndole justicia al Espíritu Santo ni a la presencia personal de Cristo Jesús. Se intelectualizaba a la fe y se exaltaba la teoría de la verdad únicamente.

El desarrollo subsiguiente al racionalismo teístico fue el racionalismo agnóstico; es decir, el racionalismo dubitativo. Después de todo esto, apareció en escena la era de Emmanuel Kant, el notorio filósofo alemán. Fue la era de la racionalización; la gente la llamaba la era de la iluminación. Se pensó que al fin el hombre había madurado.

Pero la filosofía agnóstica obraba en un mundo básicamente cristiano y sólo produjo un racionalismo ateo. Los hombres pensaron de momento que habían descubierto lo que había fraseado otro filósofo alemán, llamado Nietzsche, quien corriendo en medio de la plaza del mercado, gritaba: "¡Dios está muerto!" Por cierto, eso es nada menos que el resultado natural de todo lo anterior. Hoy día, vivimos en una sociedad post-cristiana que cosecha los resultados del racionalismo ateo.

Como consecuencia, el racionalismo y los filósofos más prominentes llegaron a otra conclusión que, partiendo de su modo de pensar, era muy lógica—a saber: que si Dios está muerto, el hombre también está muerto y que, por lo tanto,

la vida no tiene significado; es pura casualidad. Y como la muerte se presenta al fin para negarlo todo, no existe entonces diferencia básica entre lo bueno y lo malo. Por lo tanto, sería mejor que el individuo alcanzara una experiencia que confirmara su existencia. Por tal razón, cierto filósofo sugirió lo siguiente: Usted puede conducir su automóvil a lo largo de la carretera, y si ve a alguien que necesita que le lleven, usted podría parar y llevarlo a donde va. Esto serviría para confirmar la existencia de su "ser." Pero, partiendo desde la misma premisa, usted también tendría otra alternativa que podría confirmar su existencia. En lugar de parar y llevarlo, usted puede arrollarlo con su automóvil. La una o la otra experiencia le darían evidencia de que usted "existe".

Es así como del racionalismo ateo ("Si Dios está muerto, el hombre está muerto") proviene la filosofía de la desesperación. He ahí donde se encuentra el mundo en la actualidad: en la desesperación. Porque sin Dios, el hombre es nada y carece de esperanza; la vida no tiene significado. Los principales filósofos de hoy día están sirviendo este concepto al mundo. Por supuesto que, la mayoría de las personas no leen lo que los filósofos escriben, pero siempre se les inculca el concepto mediante el arte, la música, el cine, la televisión y la literatura.

Ahora bien, ¿qué puede hacer el hombre para salir de esa posición desesperada? Algunos sostienen que lo que uno necesita verdaderamente es arrojarse al ámbito de lo irracional. Porque si el racionalismo sólo conduce hacia la desesperación, la alternativa de escape sería saltar a lo irracional. En otras palabras: ¡la única libertad que se tiene es la de uno volverse loco! Esta forma de pensar la encontramos reflejada en un arte loco, en música loca, en literatura loca y en un cine loco. Y todos parecen competir a cual más loco de todos.

Cuando miramos retrospectivamente a la era del racionalismo, encontramos que los hombres aspiraban a producir música bella, artes bellas, etc. Pero ahora se ha descubierto que el racionalismo no tiene sentido, y la reacción puede notarse en todos los lugares; el mundo se torna a lo irracional. El mensaje que se nos transmite mediante el arte no es inteligible. Más bien implica que la vida carece de significado.

Con el mensaje de que la única libertad consiste en la del hombre volverse loco, encontramos este anhelo por lo bizarro en el surgimiento de una nueva generación que quiere



volverse loca. Esto es lo que explica el hecho de que, de pocos años a esta parte, los varones comenzaron a dejarse crecer el cabello hasta adquirir la apariencia de cinocéfalos. Así fue como nació la cultura "hippie" de nuestro tiempo.

Luego, a fin de conseguir la transferencia del "ser" a una experiencia más elevada dentro de lo irracional, otro filósofo de nombre Huxley sugirió que la forma de lograrlo es mediante el uso de drogas. La verdadera base de la cultura de la drogadicción no era sólo el deseo de conseguir la inconsciencia. Dicha cultura tenía un fundamento filosófico—el de dar un paso hacia el más allá de lo irracional.*

Algunas personas comenzaron entonces a defender la teoría de que, en vez de "viajar" en las drogas, la gente debía "viajar" en Jesús. Esta era la ruta pentecostal hacia el descubrimiento de una gran experiencia. Pero básicamente, esta teoría se desprende de la misma filosofía antirracionalista. Y no hay diferencia alguna. De hecho, es muy posible que el así llamado "viaje" en Jesús resulte más peligroso que el "viaje" en las drogas.

Conclusión

Hasta allí conduce el camino de los que sobreenfatizan la trascendencia. Es un sendero hacia la bancarrota. Y al contemplar la doctrina de la inmanencia divorciada de la doctrina de la trascendencia, vemos cómo esto conduce hacia el panteísmo, lo cual es el comienzo de las herejías mortíferas.

Necesitamos ser racionales, y necesitamos una religión que sea racional. Necesitamos la verdad. Necesitamos una doctri-

*Véase *Huyendo de la razón* por Francis A. Schaeffer (Ediciones Evangelicas Europeas, Barcelona, 1969).

na correcta. Estamos en la necesidad de mantener nuestros pies sobre tierra firme. Pero también necesitamos una religión espiritual. Necesitamos tener la presencia real de Jesucristo como una compañía personal mediante el ministerio del Espíritu Santo. Necesitamos la mediación de Cristo afuera de nosotros, y necesitamos su obra dentro de nosotros. Necesitamos de lo trascendental y de lo immanente.

SUBSCRIPCION GRATIS

¿Se ha unido usted a la lista de suscriptores de *Pregonero de Justicia*? Si no lo ha hecho, está invitado a hacerlo de inmediato. Las suscripciones son gratis para quienes las soliciten personalmente. Simplemente envíe su pedido con nombre y dirección a la siguiente dirección:

**Pregonero de Justicia, P. O. Box 700,
Fallbrook, California 92028 EE.UU.**

- Deseo unirme a la lista regular de suscriptores para continuar recibiendo gratuitamente el *Pregonero*.
- Les envío juntamente una lista de nombres y direcciones de mis amigos para que reciban un ejemplar gratuito y puedan tener la oportunidad de suscribirse por su propia cuenta.

Nombre _____

Dirección _____

CUPON DE PEDIDOS

(indique la cantidad que desea recibir y escriba su nombre y dirección abajo)

VOLANTES

_____ *El Cristo de la Historia*

_____ *El Gobierno Ideal*

FOLLETOS

_____ *Justificación Católica contra Protestante*

_____ *Cuatro Grandes Certezas*

PREGONERO DE JUSTICIA

_____ Vol. 1, Núm. 1 "El Bautismo del Espíritu Santo"

_____ Vol. 1, Núm. 2 "El Pentecostalismo Retado y Refutado"

_____ Vol. 1, Núm. 3 "El Mensaje de San Pablo en torno a la Justificación"

_____ Núm. Especial "La Justificación por la Fe"

_____ Vol. 2, Núm. 1 "Paradojas Bíblicas"

Nombre _____

Dirección _____

THE HISTORY OF THE

REIGN OF

CHARLES THE FIRST

BY

JOHN BURNET

OF

SCOTLAND

IN

SEVEN VOLUMES

THE SECOND

VOLUME

AND

THE SECOND PART

OF

THE SECOND VOLUME

OF

THE SECOND PART

OF